

de dos civilizaciones tan curiosas como importantes, los siglos del bajo imperio y la edad media.

El hotel de Cluny fué fundado por Juan de Borbon, sobre parte de las ruinas mismas del palacio de las Thermas, pero sobreviniéndole la muerte en 2 de diciembre de 1485, no continuaron los trabajos hasta el año de 1490, en que Jaime de Amboyse le terminó con el gusto y la elegancia particular de las construcciones de aquella época. La abadía de Cluny es una de las mas célebres de Francia, y así es que el nuevo hotel no tardaba en servir de residencia á mu-

chas personas distinguidas y aun á personas de reales familias. En 1515 le habitaba María de Inglaterra, que acababa de perder á su esposo el rey Luis XII, y en él recibía las visitas del galante Francisco I, que procuraba distraerla por todos los medios posibles de tan sensible pérdida. Como las reinas de Francia vestían de color blanco para demostrar luto y tristeza, he aquí porque una de las salas que hemos visto conserva todavía el nombre de *Sala de la reina blanca*. En el mismo edificio, en fin, se celebraron las bodas de Magdalena, hija de Francisco I, con



Hotel de Cluny.

Jacobo V, monarca de Escocia: en él habitaron el cardenal de Lorena, y los duques de Guisa y de Aumale, los nuncios del papa y otros ilustres personajes.

A pesar de tan altivos precedentes, á fines del siglo pasado y á principios del actual, perdió el hotel de Cluny su antigua preponderancia. Enagenado públicamente y pasando de dueño en dueño, llegó á pertenecer á un librero el edificio en cuyas artesonadas habitaciones habian resonado los ecos de músicas palaciegas, y en cuyas góticas venta-

nas se habian asomado las hermosas damas del reinado de Francisco I, pensando en los apuestos caballeros que proclamando sus bellezas rompian lanzas en peligrosos torneos.

Al fin, en 1833, un apasionado é inteligente protector de los estudios arqueológicos, M. Du Sommerard, autor de la obra titulada *Las artes en la edad media*, compró el edificio, y reunió bajo su rancia techumbre gran número de antigüedades y objetos históricos de indisputable mérito. A su fallecimiento fué adquirida tan importante coleccion

SEGUNDA SERIE.—1861.

AÑO XIX. 14.

arqueológica por el gobierno, y con el donativo del palacio de las Thermas, pudo constituirse un museo en virtud de ley del 24 de julio de 1843. Las ruinas del palacio de los Césares y la residencia de los abades de Cluny, fueron restauradas cuidadosamente; en uno se colocaron simétricamente los objetos del arte galo-romano, en el otro tuvieron cabida las antigüedades de la edad media; comunicándose ambos edificios, constituyeron un establecimiento nacional con el título de *Museo de las Thermas y del palacio de Cluny*, que se abrió por vez primera al público el día 16 de marzo de 1844.

Con indecible entusiasmo recorrimos los departamentos todos del *Museo de Cluny*. ¿Cuándo tendremos en España, nos decíamos, un establecimiento de este género? ¿Y por qué no hemos de tenerle, muy pronto en Madrid, en la corte misma? ¿Qué falta? Se nos contestará que únicamente falta en Madrid un buen edificio, un edificio capaz, mas ó menos apropiado. Pero al que nos dijese que después de faltarnos un buen edificio nos faltan también antigüedades, le diríamos que se equivoca, y que se equivoca grandemente. Diríamos mas, á saber: que si el célebre *Museo de Cluny* solo encierra 2,586 objetos ó ejemplares arqueológicos, el gobierno de España tiene hace años á su disposición mas de 4,000 objetos, bastándole estender solo un decreto para reunirlos, coordinarlos en un solo cuerpo de museo y abrir al público un magnífico repertorio á los ocho días de haberle establecido. ¿A qué número no llegarían los ejemplares arqueológicos de semejante museo si se concentran luego en Madrid los innumerables objetos diseminados y aun perdidos y olvidados en los rincones de muchas provincias? ¿A cuánto no ascendería lo que ofreciesen las academias, las corporaciones, y aun los particulares? Consuélanos, sin embargo, la idea de que la misma Francia no contaba con un museo nacional de antigüedades hace quince años, y que si nosotros podemos tenerle en Madrid dentro de algun tiempo, no será demasiado vergonzoso para la España que nuestros vecinos nos hayan anticipado sobre este particular en docena y media de años.

El *Museo de Cluny* se halla enteramente consagrado á los monumentos, muebles y objetos artísticos de la antigüedad, de la edad media y del renacimiento. El método seguido en su clasificación es el de los diferentes ramos del arte y de la industria de los tiempos antiguos, estando colocados, sin embargo, los objetos por orden cronológico, desde la mas remota antigüedad hasta fines del siglo XVII, y todos bajo una serie de números. El público puede entrar cierto día de cada semana, solo desde las once de la mañana, hasta las cuatro de la tarde: tres días alternados está abierto el establecimiento para el público también, pero por medio de billetes, y los extranjeros presentando el pasaporte: los demás días son de estudio y trabajos para los empleados.

Describir tan solo los objetos mas notables que en el *Museo de Cluny* se conservan, seria tarea tan vasta como difícil, pues abundan los ejemplares que á su estremada antigüedad reúnen caracteres de un mérito indisputable. Las aras, elevadas por los marineros del Sena en honor de Júpiter, bajo el reinado del emperador Tiberio, los capiteles y bajo-relieves, los retablos, las tumbas, las estatuas, las inscripciones, las columnas, llaman la atención del viajero y del arqueólogo por su buena conservación, su valor histó-

rico, ó su rareza.—Una estatua de mármol, construida en el siglo XVI, representa á Ariadna abandonada, pero verdaderamente es la célebre Diana de Poitiers. Mas adelante, la misma Diana de Poitiers se halla representada en figura de Venus, y una diosa, Juno, no es sino el retrato de Catalina de Médicis.

Las cajas, los relieves, los cuadros, los grupos y adornos de marfil, constituyen una de las riquezas del *Museo*.

Los bronceos son muy reducidos en número, pero no menos notables. Los muebles de madera esculpida, son mas numerosos. Véanse allí grandes sillones y bancos, armarios, reclinatorios, cofres, baules, muebles de diversas clases, con aquellas labores antiguas que tanto se procuran hoy imitar, pero que por bien que se imiten no tendrán nunca la duración ni el verdadero carácter que se imprimía á las obras de la época. ¡Cuán admirable no es, por ejemplo, el mueble florentino, decorado lujosamente con mosaicos en piedra de Florencia, y aplicaciones de piedras preciosas, revelando el gusto del reinado de Luis XII! Del tiempo de Francisco I se conserva un magnífico lecho, coronado con las figuras de Marte y la Victoria, cuajado de adornos, y demostrando por sus detalles haber pertenecido á alguna gran familia ducal de la época. Las puertas, las mesas, los espejos, los báculos, los retratos antiguos y las miniaturas, las vidrieras de colores, los escudos de armas, los medallones; los vasos, las copas, las fuentes, platos y tazas, ya de loza, ya de vidrio; los relicarios, los cálices, los incensarios; las cerraduras, las llaves, las cadenas; las armaduras, los cascos, las lanzas y espadas, los mosaicos, los bordados, las tapicerías; todo, en fin, lo que servía á las generaciones antiguas, se encuentra en el *Museo de Cluny*, conservado, apreciado, y al abrigo de la poderosa mano del tiempo, no menos que á cubierto de la destructora mano de la ignorancia.

¡Ojalá veamos muy pronto inaugurar también en la corte de España un grandioso museo arqueológico! Con los preciosos elementos que la España posee, aun solo con los elementos que Madrid encierra en su recinto, el *Museo nacional de antigüedades*, podría rivalizar desde luego con muchos de los principales de Europa.

FLORENCIO JANER.

EL GONDOLERO DE SAN MARCOS.

Hoy se habla mucho de Venecia. Los diarios y los periódicos nos han hecho creer, tal vez, que en la perla del Adriático se conspira en todos los palacios, en todas las góndolas, y que allí se discute el rescate ó la guerra, la independencia ó la muerte....

Si tal es la ilusión de nuestros lectores, tenemos el sentimiento de desengañarlos.

En Venecia se divierten las gentes, como se han divertido siempre, como siempre se divertían. Austriaca ó italiana esta ciudad, es la patria del carnaval; es decir, de los misterios inofensivos y de las bromas y chascos de la gente ociosa.

Júzguese de esto por una de mis conversaciones con mi

gondolero Beppo, que es la crónica viva, la gacetilla de su país, y á quien llamo yo el gondolero de San Marcos, porque está estacionado delante de aquel maravilloso palacio.

Beppo es un filósofo que responde con una anécdota á cada una de mis preguntas, y sus historias son para mí mas instructivas y divertidas que todas las invenciones de las gacetas.

—Dicen que está arruinado el comercio en Venecia, le preguntaba yo, ¿cuál es tu parecer?

—Hace ocho dias, me respondió, mire vd. lo que pasaba en esa hermosa casa de mármol, que es la del negociante Piani. Ese hombre *arruinado* tiene cuatro hijas, y cada una de ellas un millon de dote. Una de sus hijas vino á buscarle llorando la semana pasada, y le contó que la crisis de la guerra habia comprometido la fortuna de su marido, que iba á hacer quiebra si no encontraba quinientos mil francos dentro de veinte y cuatro horas.

—Cálmate, hija mia, la dijo el padre, mi yerno es hombre de mérito y de honor, y la paz acabará de restablecer sus negocios. Aquí tienes con que pueda salir de su compromiso.

Y abriendo su caja entregó á su hija quinientos billetes de á mil francos.

—No olvides, añadió enjugando sus lágrimas con un beso, que mañana son mis dias, y que comeremos todos juntos en familia.

A la mañana siguiente, el padre, las cuatro hijas y los cuatro yernos se sentaban á una mesa espléndidamente servida, y encontraba cada uno de los tres últimos yernos debajo de su servilleta un paquete de quinientos billetes de banco.

Juzgue vd. de su sorpresa, y de las cosas que se dirían.

—Hijos míos, les dijo el banquero, uno de vosotros ha tenido necesidad ayer de quinientos mil francos. Se los he dado, pero como á todos os quiero igualmente, he creído deber daros á cada uno de vosotros igual cantidad. Empleadla bien.

—¿No es verdad, me dijo al terminar el gondolero, que este es un hermoso cuadro de la escuela veneciana moderna?

—A propósito de cuadros, le pregunté, ¿ya no tenéis artistas de talento?

—Esa es una vulgaridad de los críticos, estasiados delante de nuestros Ticianos y Veroneses. Tenemos pintores que, sin igualarlos, siguen dignamente sus huellas.

Hace cinco ó seis años el conde de Espés, uno de los mas ilustres aficionados franceses, entraba con sus hijos para comprarles juguetes en casa de un pobre fabricante de objetos de vidrio del puente de los Suspiros. Encontró toda la familia en su trabajo, escepto un muchacho de diez y seis años que emborrataba unas tablas con un pincel.

—Un holgazán, dijo el padre, que está perdiendo su tiempo en esas bagatelas en lugar de ganar dinero ensartando cuentas de vidrio.

—No tan bagatelas como creéis, respondió el aficionado, examinando el trabajo del muchacho.

Acababa de reconocer un estilo, un colorido y un dibujo notable en un grupo de caricaturas, formado de todas las cabezas de la familia.

Propuso al autor veinte francos por su tabla.

El muchacho se avergonzó, y rehusó dignamente, pero sacando despues del armario otro cuadro, se le regaló al conde de Espés.

Dió éste un grito de sorpresa á la vista de dos gondoleros en pie, y conduciendo á todo remo su góndola delante de un palacio de mármol gótico, y una perspectiva de San Marcos.

Eramos mi hermano y yo: deberíamos estar muy bien pintados, porque el aficionado dió cien escudos al jóven vidriero, que le ofreció además un hermoso baston, cuyo puño representaba el Leon de Venecia, perfectamente cincelado.

Desde aquel momento el padre envió á su hijo cuantas veces quiso á copiar cuadros á los museos y á casa de los pintores. Al cabo de cinco años y medio, ahora hace algunas semanas, el mismo conde de Espés, que no se acordaba ya de esta aventura, volvió á Venecia para adquirir cuadros, y fué dirigido por otro aficionado á la casa del mas célebre artista de la ciudad. Encontró en un rico y espléndido taller á un buen mozo, como de unos veinte y dos años, rodeado de lindos cuadritos, acompañado de admiradores y compradores inteligentes, y concluyendo una pintura muy bella del último consejo de los Diez en la gran sala de San Marcos.

Despues de haber elogiado como inteligente todo cuanto veía, estasióse el conde delante de esta última obra, y preguntó su precio al autor.

—Para todo el mundo serán cinco mil francos, respondió el artista con emocion, pero será de valde para mi primer protector, para el que me ha revelado mi talento y me ha dado el medio y el ánimo para desarrollarlo. Tened la bondad, señor conde, de guardar este cuadro tan preciosamente como habeis guardado ese baston....

Y señaló al baston con la cabeza de leon, por el que habia reconocido al conde de Espés, que á su vez reconoció tambien al hijo del pobre vidriero. Estrecháronse la mano, y si el aficionado aceptó el cuadro, cubrió tambien de oro otros muchos lienzos.

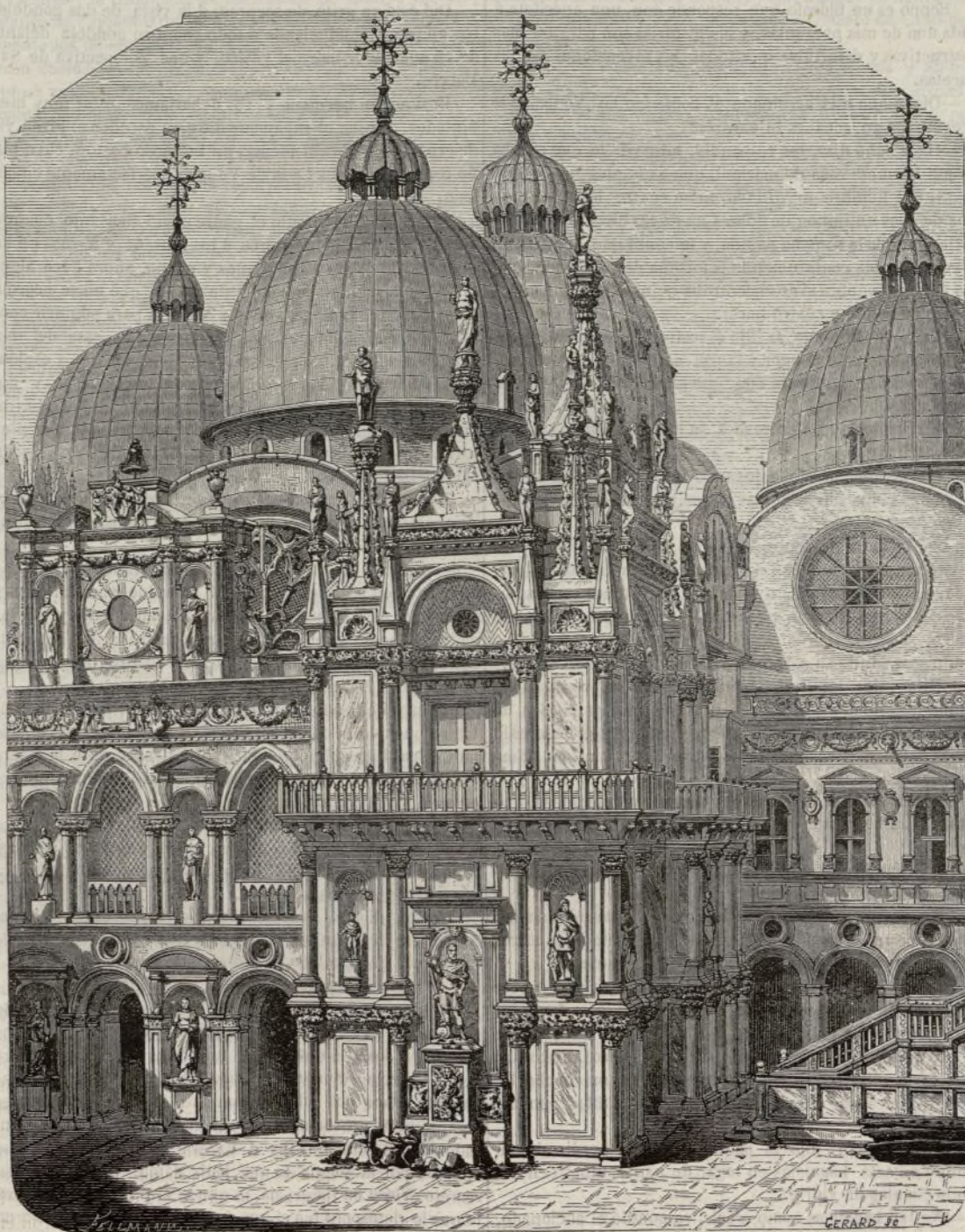
—Tus historias son convincentes, le dije á Beppo, y veo que todavía teneis ricos comerciantes y grandes artistas. Empero tambien teneis.... los austriacos. ¿Cómo os va con esos Dux alemanes?

—Basta, dijo el gondolero con su indiferencia italiana. A todo se acostumbra uno, aun á los croatas. Además, le juro á vd. que tambien tienen algo de bueno.

—¿Tienes alguna anécdota para probarlo?

—Tengo ciento. Vea vd. aquí la mejor: el jóven y lindo marqués de Wag, hijo de un gentil-hombre del emperador Francisco José, es uno de los austriacos que mas bien hacen á Venecia, donde es querido y honrado como un compatriota. Hace dos años nos mostró tanto interés, que se comprometió gravemente por salvar á un tal Dandólo, acusado de conspiracion. Iba á hacerle escapar, cuando fué vendido por la lengua de una bella dama, iniciada en su secreto. Vióse en desgracia, lo que le era indiferente, pero lo que le desesperó fué el que á su protegido lo pusieron en *Carcere Duro* (en mas estrecha prision). Desde aquel dia el marqués de Wag, renunció al trato del mundo, y sobre todo aborreció á las mugeres. No hablaba de ellas sino con la amargura de la cólera y del desprecio. Nuestras mas lindas y nuestras mas ilustres venecianas emprendieron consolar-

le, rehabilitando su sexo. Tiempo perdido, y coqueterías en valde. Solo una vez se dejó llevar el marqués á una sociedad dada por Mad. Uda, descendiente de nuestros dux, viudita de veinte y cuatro años, parienta del condenado



Vista interior de San Márcos, tomada desde el patio del palacio del Dux.

Dondólo, la perla de Venecia por su belleza, por su carácter y sobre todo por una voz digna de las Malibran y de las Pasta. El marqués cedió á esta invitacion, porque amaba locamente la música, y jamás habia oido á Mad. Uda. No

pudo disimular su entusiasmo por el talento maravilloso de aquella muger; pero rechazó todos sus obsequios y se negó obstinadamente á volver á su casa. Mad. Uda tomó gran pesar de esto, y cerró á todo el mundo sus salones.

—¿Es que no habeis leído en ese noble corazon? decian todos sus amigos al marqués: Mad. Uda os profesa el mas profundo amor, y vuestra indiferencia la va á matar de pena.

El austriaco respondia meneando la cabeza:

—La lengua de una muger ha mancillado mis días. No amaré jamás en el mundo sino á una muda.

Un mes mas tarde toda la ciudad se hallaba conmovida con una horrible noticia. Al volver de una de sus casas de campo se habian desbocado los caballos de Mad. Uda; su carretela se habia hecho pedazos contra un poste, y tan violenta habia sido la conmocion que la pobre muger habia perdido el habla.

Fué un día de luto para Venecia, y hasta el mismo marqués quedó trastornado.

—Y bien, le dijo, uno de sus amigos, ya la tienes muda, ya puedes volverla á ver. Todos creen que la han hecho mal de ojo tus palabras.



Vista de la Plaza de San Marcos de Venecia.

Al día siguiente por la mañana el marqués se hallaba en casa de Mad. Uda. Díóle las gracias por señas y con una lágrima. Desgarrador espectáculo. Mas hermosa que nunca descansaba la muda en una butaca..... En torno de ella se veian papeles de música, inútiles ya. Delante de ella un piano abierto; en su ventana una pajarera donde cantaban varias aves.... y aquella voz admirable, aquella voz que encantaba la tierra y abria el cielo, aquella voz se hallaba quebrada en aquellos lábios purpúreos..... creyó ver el austriaco un ruiseñor degollado y volvió llorando la cabeza.

Mad. Uda cogió un lápiz y trazó estas palabras:

«Para algo es buena la desgracia; la mia me proporciona el placer de veros.»

El marqués de Wag no se separó ya de la veneciana, y juró curarla á toda costa. Hizo venir los médicos mas hábiles de Italia, Alemania y Francia. Todos sus remedios fueron inútiles. Nada fué bastante para arrancar un sonido á aquel órgano antes tan melodioso.

Pasóse así un año de desesperacion para el marqués y de consuelo para Mad. Uda. El no la oía, pero ella le veía. Habiendo venido por entonces á Italia el emperador de

Austria, el marqués fué á arrojarle á sus pies, le contó su historia, y obtuvo la libertad de Dandólo.

—¿Cómo mostraros mi agradecimiento? escribió madama Uda al marqués.

—Concediéndome vuestra mano, la respondió éste.

Al mes siguiente se verificaba el matrimonio. Aquella noche toda la aristocracia de Venecia, estrangera é indígena, se hallaba reunida en el palacio de la muda, así llamaban á Mad. Uda. Su mismo marido habia renunciado á la esperanza de volverle la palabra, y habia recibido por escrito el sí que unia sus destinos.

Un magnífico concierto terminó la fiesta, cantaron en ella los mas grandes artistas de la Italia, y todos al aplaudirlos, muy especialmente el marqués, decian:

—¡Qué lástima que la marquesa no pueda cantar con ellos, su voz hubiera eclipsado todas esas voces.

De pronto, en el momento en que se levantaban las gentes para retirarse hace la muda una seña, y se dirige hácia el piano..... Quédanse los convidados clavados en su sitio; un estremecimiento de sorpresa y curiosidad recorre los salones..... El marqués, asustado, se precipita hácia su muger.... Alárgale ésta las dos manos con efusion, y llevándolas despues sobre las sonoras teclas, entona el canto mas maravilloso, mas apasionado, mas triunfal que jamás se ha oido..... Este canto, compuesto por ella misma, decia en elocuentes palabras:

«Tú habias maldecido á la muger y renegado de su co-razon. El corazon de una muger te ha desmentido y desengañado. Tú habias dicho, no amaré jamás mas que á una muda; yo he renunciado por tu amor á mi hermosa voz y á los triunfos de mi talento. He cautivado tu alma, libertando á tu amigo. No mas fingimiento ni dolor..... Mi silencio era una mentira..... recobro la voz para decir la verdad, y la verdad es, que soy tuya por toda la vida, y que cantaré mi felicidad con esplosion, y tornaré á ser muda si tu dicha lo exige.»

—¡Jamás! ¡jamás! ¡Canta y canta todavía! y canta siempre! exclamó el marqués arrojándose á los pies de su muger, mientras que el palacio parecia hundirse con los aplausos, bravos y palmadas.

—¡Y mire vd. como Venecia ha batido al Austria! Dijo el gondolero entusiasmado al ver cómo celebraba yo su anécdota.

—Entonces le dije yo, ¿estais contento con vuestra suerte y nada teneis que pedir al cielo?

—¿Contento? ¡Nada menos que eso! replicó mi filósofo. Sabemos y practicamos el antiguo refran «En los males elegir el menor.» Yo mismo que le estoy hablando á vd. ha habido un dia en que me he creído tan desgraciado y tan oprimido, que quise hacer un motin con todos los gondoleros del canal; pero en el momento en que iba á dar el golpe, dos estrangeros, dos franceses, entraron por casualidad en mi góndola. Estaba tan lleno de cólera y tan embebido en mi proyecto que se lo conté todo durante el paseo. Entonces uno de los dos por toda respuesta se paró á contarme la historia del otro.... No era como yo un pobre gondolero, era un niño destinado al primer trono del mundo. Cuando iba á subir á él, sus propios parientes y gentes á quienes no conocia, y á los que no habia hecho mal alguno nunca, le derribaron á tiros y desterraron de su reino, de su pais natal..... Ha crecido en el destierro y en el padecimiento,

llevado de un país á otro y sembrando la Europa con las lágrimas de su madre y los sepuleros de su familia: sin patria, sin vengadores, sin hijos y sin esperanzas... Y bien, ese desgraciado se ha resignado, y yo os exorto á que hagáis otro tanto, porque os desafia á que seais tan desgraciado como él lo es! Dios solo es grande, y la felicidad no es de este mundo

Iba yo á preguntar al que así me hablaba el nombre de su compañero, del héroe de su historia, cuando se detuvieron los dos y desembarcaron en ese palacio que veis á vuestra derecha.....

Volví la cabeza y no pregunté mas á Beppo.....

Acababa de reconocer la residencia de invierno de la duquesa de Berri, y del conde Chambord....

Comprendí que el gondolero de San Márcos se encontrase feliz ante tan grandes infortunios.

Antes de separarme de él, y para confirmarle en sus ideas filosóficas, le conté á mi vez las *aventuras del príncipe y las patatas*, de Alfonso Karr, revista chistosa de lo que hoy se llama la cuestion de Italia.

—Pues señor, habia un príncipe que se habia perdido con su comitiva cazando en un bosque desconocido. Calado con la lluvia, y muerto de hambre, anduvo errante mucho tiempo sin encontrar habitacion alguna. Por último divisó la choza de un carbonero, y se refugió en ella con mas alegría que hubiera podido tener al entrar en su palacio. Encendió lumbre para secar sus vestidos, y cuando se secó bien y estuvo sentado en su escabel, se halló mejor sentado en aquel momento que sobre el trono. Sintió ademas mejor apetito que nunca, y preguntó al carbonero que manjares podria servirle.

—No tendreis que elegir, monseñor, respondió el carbonero, yo no tengo absolutamente mas que patatas.

—Nos contentaremos con ellas, dijo el príncipe.

Y mandó á su cocinero, que formaba parte de la comitiva, que hiciese cocer y aderezar las patatas del buen hombre.

El cocinero celebró gravemente consejo consigo mismo y con sus compañeros, y aquel congreso decidió que se hiciese un pastel de patatas.

—Dadme huevos, azúcar y manteca, dijo al carbonero.

—Yo no tengo ni manteca, ni huevos, ni azúcar, respondió el carbonero.

El cocinero se quedó parado, y celebró un nuevo consejo, que no sirvió sino de aumentar el hambre del príncipe.

Esta vez el congreso declaró que iban á ponerse las patatas en croquetas.

—Dadme un poco de leche, volvió á decir el cocinero.

—No tengo leche, replicó el buen hombre; lo repito, solo tengo patatas, con que así ó tomarlas ó dejarlas.

El cocinero pensó en levantarse la tapa de los sesos como el cocinero de Luis XIV.

Pero el príncipe le dió á conocer que con eso no se aplacaría su hambre, ni se regalaría mejor.

Hubo un tercero, un cuarto congreso, en que se gastaron no sé cuantos cuartos de hora, durante los cuales el príncipe se iba muriendo de debilidad, hasta que se resignó á despedir al cocinero y á sus acólitos, y hacerse él mismo la comida.

Tomó las patatas del carbonero, las hizo asar en algu-

nos minutos colocándolas en las brasas, se las comió con la mayor delicia y contó que jamás había comido mejor.

—¿Comprendes la moral de este apólogo? pregunté al gondolero.

—Perfectamente, me respondió, y estoy dispuesto á pasarme sin leche, huevos y manteca, para asar yo mismo y comerme mis patatas.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

LOS HECHIZOS DE CARLOS II.

I.

Una relacion individual existe de cuanto sucedió en punto á lo que ha dado sobrenombre á uno de los monarcas mas sin ventura de la tierra; y á su texto solo me remito para trascribir los pormenores de hechos interesantísimos y complicados, y de modo que estén al vulgar alcance. Nada pondré de mi cosecha, y así cada cual hará las reflexiones y los comentarios que le sugiera la serie de los acontecimientos contenidos en la relacion hecha con legalidad por un contemporáneo de circunstancias propias á imprimir el carácter de la mas rigurosa exactitud á sus aseveraciones. De buena edad era y curioso y diesperto, y no tenia que atender al cuidado mas leve cuando ocurrieron las escenas de que dá puntual noticia: además trató á las principales personas intervinientes por odio, ó por interés particular ó por la *endemoniada razon de Estado*, en la rision y proceso de un fraile de muchas campanillas: por instrumentos de diferentes partes se hallaba al cabo de los mas recónditos secretos, y en oficina que fué una aduana general donde se registraron todos los papeles escritos sobre tan importante asunto. Para que no la faltase requisito, de la Inquisicion española decia magníficas alabanzas, denominándola propugnáculo de la fé y tribunal santo, y tildando de *poco fieles á la patria á los que tuvieron alientos para proponer la máxima tan perjudicial como diabólica de que se suprimiese en estos reinos*. Tras estas advertencias preliminares y oportunas, á ejemplo del narrador escrupuloso tomaré el agua desde los primeros manantiales, pues así lo exige la claridad y plena inteligencia de todo, aunque prometo no pecar de difuso.

II.

Adornado con toda aquella generalidad de prendas, que pueden concurrir á formar un diestro cortesano, fray Pedro Matilla, de la orden de Santo Domingo y director de la conciencia de Carlos II, desde lo espiritual y privativo de todos los confesores llegó á extender la autoridad de su jurisdiccion á lo universal de la monarquía. Por su influencia fué elevado sin merecimiento alguno don Pedro Nuñez de Prado á conde de Adanero y á gobernador de los consejos de Hacienda y de Indias. Dueño así de todos los caudales se desvelaba en idear arbitrios, valimientos, reforma de salarios y de ministros, sin reparar en la pérdida de los vasallos y en la ruina de los comercios, á trueque de reunir tesoros y de poder lisonjear el genio de la reina Mariana de Neoburgo y la codicia de sus confidentes, la baronesa de Berlips, llama-

da la Perdiz por el pueblo, y sus dos hijos, del alemán Enrique Jovier y Wiser, apodado *el cojo*, del capuchino Chiusa, del carmelita descalzo Carpani, y de otras innumerables *sabandijas*, como Ordovás y sus secuaces, siendo uno de los mas estafadores Matheuchi, músico castrado. Lejos de atender al remedio de tal desórden el padre Matilla, lo fomentaba un día y otro, por considerar á los sostenedores de tantos males como robustas áncoras que le afianzaban el confesionario, y por apeteer mas este manejo que todas las mitras de España. Para mayor seguridad ligóse con don Juan Tomás Enriquez, almirante de Castilla, proporcionándole que sin sonar mas que como caballero mayor y uno de los consejeros de Estado, no le faltara ni un ápice de las delicias y de la autoridad de primer ministro, y estuviera en aptitud de ejecutar violencias y tropelías con el favor de la reina, á quien agasajaba con dádivas así de doblones como de las mas ricas joyas, muy penetrado de ser este el humor que predominaba en aquella soberana, y de que, si no lo fomentaba continuamente, se veria perdido. Al compás de este desórden se movia el todo de esta monarquía, que caminaba por los pasos de la sinrazon y la injusticia á dar en el precipicio de su última ruina. A nada ménos se atendia que al bien público: clamaban grandes y pequeños sus privados infortunios y la general desgracia de estos reinos, pues al mismo tiempo que se aumentaban los tributos, se vendia todo, y no se pagaba á ninguno; faltaban los medios para hacer vigorosa la guerra y defender las plazas que se iban perdiendo en Cataluña, hasta su capital Barcelona; y se consumian en lo supérfluo excesivos millones, sacados con graves extorsiones de la sangre de los pueblos; y á todo este fuego se calentaba el padre Matilla, segundo Neron de la afligida España.

III.

Todo lo conocia el piadoso corazon de Carlos II, y no podia remediar el daño. Nacido con debilidad suma, criado con temores y sustos y entre mugeres, hallándose en plena edad viril parecia un viejo de setenta años, y tales eran su desfallecimiento y pusilanimidad de espíritu que de nada le valia su natural perspicacia para comprenderlo mejor, pues se sujetaba siempre al albedrío de su esposa, con perjuicio irreparable del gobierno, y visible detrimento de su salud á causa de la violencia con que ejecutaba lo que tenia por malo. Estas contrariedades le postraron segunda vez en el lecho con peligro inminente de la vida, y de resultas se consternó la corte, y unos tras otros acudieron á palacio los próceres y el arzobispo de Toledo, que en tales apuros merecia al rey la mayor confianza. Desahogando con este prelado sus íntimas alicciones y los grandes escrúpulos que le abrumbaban la conciencia, por el mal cobro que daba á la gobernacion del reino, que Dios le habia encomendado, se lamentó del violento impulso de la tiránica dominacion que lo arastraba á la ruina. Por de pronto el cardenal don Luis Portocarrero, arzobispo toledano, se limitó á espareir el ánimo del rey con el vulgar axioma de que está cerca de poner la enmienda quien llega á conocer la culpa. No pasó á mas el venerable purpurado por sus especiales circunstancias. Justísima reputacion gozaba de limosnero, de virtuoso y de reverente al culto divino. Toda su diócesis llenó de párrocos doctos, y les encargaba la mayor circunspeccion para que evitasen los escándalos públicos por medios suaver, y que

tuviesen buenos tenientes, y que se aplicasen á que todos sus feligreses supieran la doctrina cristiana; además solía oportunamente enviar misioneros instruidos y ejemplares á los pueblos de su arzobispado, segun lo requerian las necesidades; y en el cabildo de su santa Iglesia no se hallaba canónigo ni dignidad que no fuese literato ó hijo de casa conocida de España. Sin embargo, era escaso de alcances y desahuciadísimo al estudio: no se supo que en el dilatado curso de su vida abriese otros libros que el breviario para sus devociones, el misal cuando celebraba el sacrificio inerte, y un librito de horas en romance; y con tropel de palabras afectaba en las audiencias que tenia que dar á menudo, la soberanía de su persona, á fin de que no se echase de ver su cortadía de luces. Así nada mas le ocurrió decir que lo ya indicado al infeliz Carlos II, á pesar de lo propicio de la ocasión para que se cumpliesen las esperanzas de muchos magnates, que en la elevación del cardenal al mando supremo cifraban el remedio de gran parte de las desdichas que atribulaban á los españoles.

IV.

Cuanto faltaba al arzobispo don Luis Portocarrero tenia de sobra don Juan Antonio de Urraca, fiel depositario de sus mas íntimos arcanos; y apenas supo lo acontecido le instó á no perder la coyuntura, que la Divina Providencia le deparraba, de aplicar á la monarquía el remedio que necesitaba sin tardanza, con lo que se ganaria los elogios de todo el mundo y perpetuaria contra el olvido su memoria. Sobre desear lo mejor el prelado era muy sensible al estímulo de la fama, y sin dificultad asintió al dictamen de su secretario en punto á citar para las once de aquella misma noche al conde de Monterey, al marqués de Leganés, y á los letrados don Sebastian de Cotes y don Francisco Ronquillo, íntimos confidentes de su eminencia, á fin de que discursiesen lo mejor en tan vital asunto. Introducidos en la cámara arzobispal muy de secreto, y enterados del motivo de citarse tan de repente se quedaron suspensos por algunos instantes. Rompiendo Monterey el silencio, se expresó en términos de no parecerle bastante prenda la soltada por Carlos II, para acudir con remedio pronto, pues cualquiera novedad seria enojosa á la reina, como encaminada á disminuir su influjo, origen de todas las calamidades, y se arriesgaba que al menor halago que entrara á hacer á su esposo, este la revelase lo que le hubiera aconsejado el arzobispo, y más habiendo repetidos ejemplares de que no sabia el príncipe callar nada, por lo cual no se debía hacer mas que preparar su real ánimo para oír y ejecutar lo mejor en tiempo oportuno. Tibio pareció á Leganés tal remedio para enfermedad tan ardiente, no pudiéndose ya esperar del rey mejor prenda, como que nadie descubre la llaga, sino para que le apliquen la medicina; y tras de exponer que no debía acobardar el que se descuidase el monarca en los secretos, pues hasta entonces no se habia experimentado esta debilidad mas que en cosas de chismes y de poca sustancia, se determinó á proponer el destierro del almirante á Riosoco, ó su conducción al castillo de Pamplona, si resistia este mandato, que de fijo dictaria el rey al día siguiente, apenas se lo indicase el arzobispo, siendo notorio lo mucho que aborrecia á aquel personaje, con cuya caída todos sus adictos quedarian sin ningun apoyo, y se podrian ejecutar grandes

cosas en bien del monarca y del reino. Sin poderse Ronquillo contener mas dijo con grande exaltación que además urgía encerrar á la reina en las Huelgas de Burgos, á lo cual replicó Monterey muy enardecido que allí se les habia convocado para adoptar resoluciones practicables y no imposibles, y al expresar que de ese modo se aventuraba dar con el rey en la sepultura antes que le acabaran sus dolencias y hacer que corrieran arroyos de sangre, materias muy delicadas y que no eran para todos, se levantó de la silla y fuese furioso hacia Ronquillo, que se aprestó á no sufrir insultos, y los dos vinieran de mal modo á las manos, si el prelado no se atravesara de por medio y los sossegara con autoridad y mesura. Sin la alteración mas leve emitió su dictamen don Sebastian de Cotes, reducido á manifestar que la raíz del mal consistia en el confesor Matilla, quien habiéndose constituido en sacrilego tirano de la real conciencia del soberano, consentia y fomentaba la perdición de España, ocultando la verdad en todas las materias, y aprobando por bueno lo mas perverso, y manteniendo y conservando *el ejército de sabandijas*, ó mas bien *enjambre de demonios*, con que el rey se hallaba oprimido; y que así le debía excitar el prelado á mudar de confesor al día siguiente, no sin proponerle otro de virtud y doctrina, y que estuviese muy lejos de imaginar tal fortuna, para que se reconociera deudor de ella al arzobispo, y éste le pudiera influir las mas cristianas máximas á fin de que se las diera á beber al rey poco á poco, y como preceptos saludables para el mejor cobro de su alma, con lo que insensiblemente se remediaria mucho, y quedaria en pié el mineral para que se pudieran sacar mas bienes. Esta opinion fué aprobada con grandes aplausos, y pasándose á designar la persona, se acordó por último que la elección quedara á cargo del cardenal Portocarrero, quien se halló muy gozoso del éxito de la junta, imaginándose ya árbitro del gobierno por este camino.

V.

Aun no habian pasado cuarenta y ocho horas cuando se apeaba en palacio, y era introducido en la real cámara y en calidad de nuevo confesor, el padre-fray Froilan Diaz, tambien de la orden de Santo Domingo, catedrático de prima de la universidad de Alcalá de Henares, y reputado por varon docto, sincero, virtuoso y largo en limosnas. Ronquillo se lo designó á Cotes, Cotes á Urraca, Urraca al arzobispo de Toledo, y éste á Carlos II, quien al instante encargó á su sumiller de corps el conde de Benavente, que le enviase á buscar muy de secreto en uno de sus coches. A la sazón se hallaba el rey en su lecho, y sus músicos le distraian desde la habitacion contigua, donde se hallaba el padre Matilla platicando familiarmente con el doctor Parra, su grande amigo y compañero de estudios en la universidad salmantina.

Tan luego como vió cruzar por aquella pieza al catedrático de prima de su orden religiosa, y entrar en la real cámara de seguida y guiado por el conde de Benavente, se le alcanzó que venia por sucesor suyo, y volviéndose al médico Parra, le dijo en tono de despedida:

—Adios, amigo, que esto empieza por donde habia de acabar.

Y sin aguardar respuesta se salió de la real morada, y retiróse á su convento del Rosario.